

Pues sabes te amo fiel.

¿Qué tienes?....

—¡Ah!.....responde

Doña Ana suspirando:

Mi pecho está luchando

Con un fatal temor.....

—¿Cual es?....

—No soy tu esposa

Aun....—Pues bien, mi Ana,

Descansa, que mañana

Seráslo, por mi honor.

—Miguel, ya soy dichosa:

Huyó mi pena impía,

Y á vuelto la alegría

En mi alma á renacer:

Dijo Doña Ana echando

Los brazos á su amante:

Me creo en este instante

La mas feliz muger.

II.

Seis meses ha que en eternals lazos
Se hallan unidos Don Miguel y Ana,
Lazos que ya romper es imposible
Si la muerte cruel no los desata.

Seis meses ha que la quietud ha huido
De la sensible y amorosa alma

Del esposo infeliz, que eterna dicha
Creyó encontrar uniéndose á su amada.

Mas ;cómo se engañó!....la que afanosa
Solicita sus cuitas consolaba,
Hoy, al mirarse dueña de su mano,
Con imperioso orgullo siempre le habla.

Hoy la que de Maria al tierno hijo
Como al suyo felice le cuidara,
Apartarle pretende de su lado
Y para siempre echarle de su casa.

En vano Don Miguel por él suplica,
En vano su cariño la reclama,
Que en su ambicion y celos nada escucha
Aquella muger vil y despiadada.

Ya todos saben que á Miguel unida
Para siempre con lazo eterno se halla,
Pues todos saben que murió Maria,
Aunque no que muriera asesinada.

Don Miguel la noticia de su muerte
Hizo que por la villa circulara,
Y mostró á los parientes de ella, triste,
Una que recibió finjida carta.

Y así en la oscuridad quedó el delito
Sin que á saber el crimen se llegara,
Aunque en el pecho del indigno esposo
Mas vivo cada dia aquel estaba.

Mas ¡cúan presto á pagar su culpa horrenda
Comenzó el infeliz con crudas ansias!...
¡Cúan presto conoció que no hay ventura,
Do no ecsiste virtud, que es bien del alma!...

Sentado en un sofá vedle abatido,
Vertiendo sin cesar amargas lágrimas,
Suplicando á su esposa no le prive
De la vista del hijo de su alma.

De aquel hijo inocente que María
Le encomendó que atento le cuidara,
Y que está en alejarle de su lado,
La nueva esposa, firme y empeñada.

—No, Miguel, á mi lado ver no puedo
Al hijo de otro amor; dijo Doña Ana:
Su vista á la rival me representa
Que el cariño tenia de tu alma.

El que al hijo acaricia, la memoria
De la que el ser le dió, constante guarda,
Y muestra que divide su cariño
Entre la que no existe y la que ama.

Sí, Miguel, es preciso que tú alejes,
Al hijo de María, de esta casa,
Para que nunca vuelva á ver que, tierno,
Entre tus brazos, por mi mal, le halagas.

Viva lejos de aquí para bien mio,
Porque su vista me atormenta el alma:

Viva lejos de aquí, sin que por esto,
Carezca, do le envíes tú, de nada.

Esto solo te pido que me cumplas,
Si aun en tu pecho algun amor me guardas,
Pues es cosa imposible bajo un techo
Que vivamos los dos en paz y calma.

—¡Esposa de mi amor, que es lo que exiges!...
De dolor me han llenado tus palabras:
¡Ah! cómo cometer accion tan fiera,
Con el hijo infeliz de mis entrañas!...

Jamás imaginé que á tal extremo
Tus celos implacables los llevaras:
Yo juzgué que la madre que perdiera
De menos á tu lado nunca echara.

¡Ah! yo me imaginé remplazarias
A la muger que tanto le adoraba,
Y que por madre á tí reconociera
Cuando saliera de la tierna infancia.

—No prosigas, Miguel, si ese motivo
Ha sido el que te unió conmigo, basta:
Dime que no el amor, sino un proyecto,
Por ver feliz á tu hijo, te arrastraba.

¡Oh! tanta humillacion es demasiado:
Semejante destino no esperaba:
No buscabas en mí una compañera,
Sino de tu hijo una vendida esclava.

—¡Ana! por Dios....—Lo sé; pero repito,
O á él de tu lado en el momento apartas,
O yo abandono, con mi tierno hijo,
Mañana mismo el techo de esta casa.

Y viendo, Don Miguel, que ni caricias,
Ni lágrimas, ni ruegos, ni amenazas,
Eran á traerla á la razon bastante,
Pronunció, con enojo, estas palabras.

—Está, muy bien, muger, mi hijo inocente
De aquesta habitacion saldrá mañana,
Que su ihumano padre le destierra
De la que por derecho es, sí, su casa.

Pero no olvides que inflexible has sido
A mis súplicas hoy y duras ánsias;
Y que un dia, quizás que no está lejos,
Yo tambien, sin piedad, veré tus lágrimas.

Llena de placer y júbilo,
Sin entender el sentido
De las palabras que ha oido,
A su esposo tan benévolo
En sus brazos estrechó;
Pero él triste y melancólico,
Inquieto se halla á su lado,
Con el pecho desgarrado,
Al pensar que á su hijo mísero
A padecer condenó.

Y no bien el sol flamijero
Asomó del nuevo dia,
Cuando con el niño angélico,
Don Miguel se dirigia
A una corta poblacion;
Y allí á una muger solícita
Dejó su hijo encomendado;
Y ocultó, á su esposa pérfida,
El lugar do al niño amado
Dejára su corazon.

Procuró Doña Ana plácida
Mostrarse desde aquel dia,
Y prodigaba a porfia
Caricias tiernas, sin número,
A su esposo Don Miguel;
Pero halló cerrado el cándido
Corazon del padre amante,
Que desde aquel mismo instante
Se mostró para ella rústico,
Sino se mostró cruel.

Don Miguel que en su hijo el ídolo
De su amor puro tenia,
A verle afanoso y ávido
Siempre al pueblo do vivia,
Iba, en su noble corcél;
Mas Doña Ana celosísima
Su conducta reprobaba;
Pero un dia que frenética
En cara su amor le echaba,
Contestóla, airado, él.

Qué mas pretendes de mí
Muger, por mi mal, hermosa?
A mi hijo arrojé de aquí
Como á despreciable cosa,
Para complacerte á tí.

Mi hijo es sí, mi hijo adorado,
A quien amo con pasión,
Como á ser que el ser le he dado;
¡Y quieres que abandonado
Le deje mi corazón!

Ana, el cariño de padre
No tiene igual en el mundo:
Tú este cariño profundo
Conoces, pues eres madre;
Cariño que es sin segundo.

~~~~~  
Guardó, al oírle, Doña Ana

El mas profundo silencio,  
Juzgando que el replicarle  
Era impropio en tal momento.  
Pero volvió al otro día  
A mostrar el mismo empeño,  
Y á lamentar que olvidada  
Se veía hacia tiempo.  
—Pues dá permiso á que vuelva  
A tu lado mi hijo tierno,  
Y así verás, vida mía,  
Que á ausentarme nunca vuelvo.

Dijo Don Miguel, llevado  
De su paternal anhelo.  
—¡Jamás! contestó Doña Ana:  
Jamás: mil veces prefiero,  
A verle junto de mí,  
Tus infinitos desprecios.  
—¿Y deseas que inhumano,  
Cuando de aquí le destierro,  
Tambien le niegue el cariño  
De padre, y de padre tierno?  
—Si; quiero que no prefieras  
Su amor á mi dulce afecto;  
Y que sea para tí,  
Yo, todo en el universo.  
—¿Conque es preciso que viva  
Siempre del paterno techo,  
Separado el ángel puro,  
A quien cuidar tanto debo?  
—Siempre, si; no es sacrificio  
Tan grande, á lo que comprendo,  
El preferir una esposa  
Que nos ama, á un niño tierno.  
—Está bien; dijo Miguel,  
Mal su enojo reprimiendo:  
No hablemos mas de este asunto  
Que me martiriza el pecho.—  
Y concibiendo al instante  
Felicísimo un proyecto,  
Esperó las sombras negras  
De la noche, con anhelo,  
Para en práctica al instante,  
Sin dejar nada, ponerlo.  
Pronto el sol su roja lumbre

Fué en el horizonte hundiendo,  
Dejando al mundo entre sombras,  
Que causan terror, envuelto.  
La luna oculta entre nubes,  
No mandaba ni un destello  
De su luz sobre las hondas  
Del Nerva que está sereno.  
Son las doce: el mundo todo  
Yace en el mayor silencio,  
Sin que su calma perturbe  
Ni el leve rumor del viento.  
Solo en una casa un hombre  
Se halla á tal hora despierto,  
Mientras en ella entregados  
Están los demas al sueño.  
Ensilla al punto un carcél,  
Veloz como el mismo céfiro,  
Y entra despues, cauteloso,  
A un apartado aposento,  
Donde duermen sosegados  
Su esposa y un niño tierno.  
Pronto en los brazos á este  
Cojió, respirando inquieto,  
Y sin que nada sintiera  
Su esposa, del aposento  
Sale con él al instante;  
Y montando, sin recelo,  
En el corcél, de la villa  
Salió al galope al momento.  
“Ana, murmuró aquel hombre  
Al ir de Bilbao ya lejos,  
“Mañana conoceras

“Lo que se ama á un hijo tierno”  
Y arrimando las espuelas  
Al caballo noble y fiero,  
Despareció entre las sombras  
Que borraban los objetos.  
Poco despues á la casa  
Llamó de un humilde pueblo,  
Y de par en par la puerta,  
Al ver quien era, le abrieron.  
“Aquí teneis al hermano  
Del niño que os traje ha tiempo:  
Cuidad de los dos, que largo  
Será, confiad, el premio  
De los servicios que ahora  
Me estais, por mi bien, haciendo.”  
Y sin hablar mas palabras,  
Volvió á salir de aquel pueblo,  
Y á Bilbao, poco despues,  
Llegó en su corcél ligero.  
Todos en su casa estaban  
En el mas profundo sueño,  
Por lo que sin ser notado  
De nadie, entró con secreto,  
En el cuarto de su esposa;  
Y arrojándose en el lecho,  
Esperó la luz del día  
Con inquietud en el pecho.

Cuando despertó Doña Ana,  
A la siguiente mañana  
Sin recelo,

Preguntó por su hijo amado  
A su esposo idolatrado,  
Con anhelo.

—Nada temas por él, mi alma,  
Recobra la dulce calma,

Miguel dijo.  
Está bueno, amada esposa,  
No temas ninguna cosa  
Por tu hijo.

Ana.—Pero ¿dónde está? Dios santo.  
Donde se halla el dulce encanto  
De mi vida?  
¡Ah! traele á aquí en el instante,  
Te lo pido, esposo amante  
Yo rendida.

Te lo pido aquí de hincjos,  
Llenos de llanto los ojos  
Por la pena:  
Con tu silencio me espantas:  
¡Ah! mirame ya á tus plantas  
De ánsia llena.

Tú no sabes cuánto le amo!  
Sí; por eso le reclamo  
Tiernamente:

Es mi gloria apetecida,  
Y que amo mas que á mi vida  
Ciertamente.

Miguel—¿Comprendes, pues, Ana, ahora,  
Cúanto á un tierno hijo se adora  
En el mundo?  
¿Comprendes en tal momento,  
Que su ausencia es un tormento,  
Muy profundo?

Ana—¡Oh! sí, Miguel, lo comprendo;  
Y tú ves que estoy vertiendo  
Por él, lloro;  
Y de rodillas te pido,  
Me vuelvas mi hijo querido  
Que yo adoro.

Miguel.—Pues bien, yo te imploré un día,  
Como tú, con pena impía,  
Por el mio;  
Y tú viste con contento,  
De mi alma el fatal tormento,  
Duro, impío.

Yo tambien, arrodillado,

Y en tierno lloró anegado,  
Suplicaba,  
Por aquel niño inocente,  
A quien á vivir ausente  
Le obligaba.

Fuiste sorda é invariable:  
A mi llanto inexorable,  
E inhumana;  
Y entonces juré que un día,  
Yo contigo lo sería  
Tambien, Ana.

Y mi palabra he cumplido:  
Desde hoy á tu hijo querido.  
Ver te vedo:  
Te juro está bien cuidado;  
Mas decir do le he dejado,  
Yo no puedo.

—¡Gran Dios! que es lo que he escuchado!  
Dijo con terrible acento,  
Levantándose afligida  
Doña Ana ya sin consuelo.  
—Tranquilízate: ya he dicho  
Que feliz será, si serlo  
Puede, quien de las caricias  
No goza de padres tiernos.

¡Ay Ana! ¡cómo pudiste  
Pensar que mi amante pecho,  
Pudiera vivir felice  
Lejos del hijo que aprecio!  
¡Cómo has podido juzgarme  
Tan insensible y tan fiero,  
Que de una esposa espirante  
Desoyera el dulce ruego!  
¡Ni cómo esperar tampoco  
Que mirase con desprecio  
Al uno, mientras al otro,  
Le revelase mi afecto!  
No: los dos son hijos míos;  
Y los dos igual derecho  
Tienen á mi amor sin límites,  
Y á vivir bajo este techo.  
—¡Bárbaro! exclamó Doña Ana;  
Pero ¿cuál es tu proyecto?  
¿Qué intentas?... habla, responde,  
Que oírte con ánsia espero.  
—Escucha: tengo dos hijos;  
Ambos inocentes, tiernos,  
A quienes igual cariño  
Y amor igual les profeso.  
Triste huérfano es el uno;  
Y su amarga horfandad quiero  
La ignore cuando aquí vuelva  
De su bárbaro destierro.  
Por eso un plan he ideado  
Que le libre del tormento,  
De mirarse despreciado  
De tí, esposa, á quien yo temo.

Ambos cuentan una edad;  
Y diferencia ecsistiendo  
Muy corta en las sus facciones,  
Estas las borrará el tiempo,  
Haciendo que ignores tú,  
Cuando á ambos vuelvas á verlos,  
Quien el hijo es de Maria,  
Y quien criaste á tus pechos.  
Entonces dudosa y tierna,  
Luchando con el tremendo  
Temor de ultrajar al tuyo,  
Tu amor partiras entre ellos.  
—¡Jamás! furiosa Doña Ana  
Gritó en su cruel despecho.  
¡Jamás gozará mi amor  
El niño que yo aborrezco.  
El mio, solo, sí, el mio  
He de estrechar á mi seno,  
Que el alma jamás confunde  
Dos encontrados objetos.  
—Tus insensatas palabras  
Me afirman en mi proyecto;  
Dijo don Miguel tranquilo  
Y con el rostro sereno.  
A ver á tu amado hijo  
No volverás, lo prometo,  
Hasta que yo no conozca  
Que no podras conocerlos.  
—¡Ah! Miguel, no me reduzcas  
A sufrir lo que no puedo;  
A esa desesperacion  
Que al mundo manda el infierno.

—Ana, ya en vano procuras  
Que desista de mi empeño;  
Mi resolucion es hija  
Del deber que el alto cielo  
Impone al padre en el mundo,  
Deber que juzgo el primero.  
—Pues bien, gózate, inhumano,  
En mi terrible tormento:  
Esclamó doña Ana airada:  
Gózate; mas te prometo  
Que yo tambien á tu hijo  
Le conservaré odio eterno.—  
Don Miguel una mirada  
De profundo sentimiento,  
Lanzó á su esposa, y salióse  
Al punto del aposento,  
Por el pesar y el dolor  
Despedazado su pecho.

III.

En una casa magnífica  
Y ricamente alhajada,  
Que en la Rivera se encuentra  
Que mira al rio Ibaizábal, [\*]  
Está triste y melancólico,  
Habládo con doña Laura,  
Don Juan, su rendido amante,  
Que nadie en ser fiel le iguala.  
—Con que gnada has descubierto?  
Preguntó la hermosa Laura.  
—Aclarar no he conseguido,

(\*) Este nombre, el de Nerva y Nervion, se le dá á la ria de Ibaizabal.



Por mi amigo, hasta ahora, nada:  
Contestó don Juan; ignora  
Si allí estubo ó no tu hermana.  
—¡Ah! yo temo que esos sueños  
Que por la noche me asaltan,  
La verdad pura revelen  
Como lo juzga mi alma.  
Si; yo la veo, don Juan,  
Con la faz hermosa y pálida,  
Acercarse ácia mi lecho  
Herida y ensangrentada.  
Yo la veo que se acerca,  
Como una vision fantástica,  
Y que se sienta en mi lecho,  
Y que en mí sus ojos clava.  
Yo siento, cuando me cubro,  
Por temor, la faz helada,  
Una mano fria y dura  
Que por verme, la destapa.  
Y aunque los ojos los cierro,  
Para recobrar la calma,  
Siento su aliento en mi rostro  
Que mis potencias embarga.  
Así por un largo espacio  
A mi cabecera se halla,  
Sobre mi frente dejando  
Caér una que otra lágrima.  
Sin respirar, casi yerta,  
Sobrecojida, aterrada,  
Estoy, hasta que sin ruido,  
De mi lecho se levanta.  
Mas entonces, me estremezco

Don Juan, entonces me abraza,  
Y un beso sus frios labios  
Imprimen en mi garganta.  
Y un ¡ay! lanzando tristísimo,  
Y diciendo, “A Dios, hermana,”  
La sombra desaparece  
Sin ruido de la estancia.  
—Ficcion todo de tu mente  
Es eso, querida Laura.  
Los sueños hijos son siempre  
De una temerosa alma  
Que dá crédito á sospechas  
Que debiera desterrarlas.  
—Tambien el cielo se vale  
De ellos, replicóle Laura,  
Para descubrir el crimen  
Y al autor de alguna infamia.  
¿Cómo sabiendo mi amor,  
Me pudo ocultar mi hermana,  
La enfermedad que al sepulcro  
Acabó al fin por llevarla?  
¿Cómo desde que partió,  
No escribirme alguna carta,  
Donde me diera noticia  
Del lugar do se encontraba?  
No, don Juan: no mis sospechas  
Son, cual tú las juzgas, vagas:  
Yo sé, sí, que la conducta  
De esa pérfida doña Ana,  
Siempre ha sido escandalosa,  
Libre por demas y mala.  
Yo he sabido que aun en vida

De mi desgraciada hermana,  
En su casa recibia  
A Don Miguel y le amaba.  
¡Ah! pues bien: ¿quién me asegura  
Que esa muger temeraria,  
No ha hecho que desaparezca  
Del mundo la que ella odiaba.  
—Amor mio, deja ahora  
Las sospehas que te matan,  
Y hablemos de nuestra dicha,  
De nuestra union deseada:  
Dijo Don Juan, procurando  
En sus penas consolaria.  
¿Es posible que aun intentes  
Retardar, bien de mi alma,  
Esos lazos en que cifro  
Mi bien mayor, mi esperanza?  
—No; Don Juan: ya decidida  
Estoy á calmar tus ansias,  
Y á pagar dentro de un mes,  
Con mi mano tu constancia.  
Tal vez á tu lado entonces  
Encontrar podré esa calma  
Que busco en vano en el mundo,  
Y que jamás logro hallarla.  
—¡Cuánto te amo! Don Juan dijo,  
Besando su mano blanca:  
Tú me has abierto del cielo  
Las puertas con tus palabras.  
Dentro de un mes seré el hombre  
Mas feliz, mi hermosa Laura!...  
Y estrechándola en sus brazos  
La espresó cuanto la amaba.

IV.

Han tres años pasado terribles  
Desde aquella fatal noche umbria,  
En que á un niño, que un año tendria,  
De su casa sacó Don Miguel;  
Y ha tres años tambien que Doña Ana,  
Que en él cifra su dicha y encanto,  
Derramando tristísimo llanto  
A su esposo pregunta por él.

Mas tan solo, por dulce respuesta,  
Estas breves palabras recibe,  
„Nada temas: contento está: vive  
De su hermano querido en union;”  
Y aunque emplea caricias sin cuento  
Por saber donde está su hijo amado,  
Don Miguel, con afan y cuidado,  
Se lo oculta con justa razon.

Ella en vano á Don Blas que vigile  
Manda y siga por siempre á su esposo:  
Que este siempre al partir cauteloso  
Marcha, y sabe burlarse de aquél.  
Y así pasan las horas, los dias,  
Y los meses tambien y los años,  
Sin que sepan ni amigos ni estraños  
Donde pasa los dias Miguel.

Y doña Ana, sin paz en el pecho,  
Su ecsistencia maldice arrogante,  
Y maldice tambien el instante  
En que al hombre que ya odia, se unió.

Y se mesa y arranca el cabello,  
Y de rabia su rostro se enciende,  
Y vengarse tan solo pretende  
Del que de ella cruel se burló.

Así Dios castigó de doña Ana  
El delito fatal que tenia,  
Y tornó su placer y alegría  
En el mas infinito dolor;  
Y la paz que en los lazos buscaron  
De Himeneo, tras crimen que aterra,  
Convirtiéndose en satánica guerra;  
Y de entrambos huyó el dulce amor.

Una tarde que en nubes oscuras  
El rey astro su lumbre escondia,  
Un aldeano, mostrando ansia impia,  
A la casa llegó de Miguel;  
Y este el nombre al oír del aldeano,  
Hizo entrara á do estaba al momento,  
Y encerróse en su hermoso aposento,  
Donde habló largamente con él.

Mas no bien despidióse el fiel rústico,  
Y salió de la casa ligero,  
Revelando el dolor duro y fiero  
En su rostro y la pena cruel;  
Cuando ansioso, con voz afligida,  
Don Miguel á un criado mandara  
Que al momento y sin calma ensillara  
Su arrogante y hermoso corcé.

Y entre tanto que su órden cumplia  
El criado que en ello se afana,  
Dirigióse á do estaba doña Ana,  
Y estas breves palabras la habló.  
“De mis hijos, en este momento,  
Uno el mundo á dejar va este dia,  
Por él ruega, mi esposa, á Maria,  
Y al Eterno á quien mi alma ofendió” ..

Ana, ¡Ah! ¿quien de ellos? ¿quien de ellos? Dios mio  
No atormentes mi pecho: responde:  
Llévame, por piedad, ahora á donde  
Vas tú á verle: te quiero seguir.  
No cruel por mas tiempo te muestres:  
Te lo pido con llanto en los ojos:  
Te lo pido á tus plantas de hinojos:  
¡Que le bese siquiera al morir!....

Miguel.—No eres digna de ver á ese niño  
Que á dejar va este mísero mundo:  
Tú que el odio terrible y profundo  
Preferistes á tu hijo de amor:  
No; no esperes acceda á tus ruegos:  
No tuviste piedad tú de un padre;  
Y es muy justo que yo de una madre  
No lo tenga en su amargo dolor.

Y acabando estas duras palabras,  
Sin oír de su esposa el lamento,  
De su casa salió en el momento  
Sobre el noble y ligero corcé;  
Y doña Ana furiosa, frenética,  
Quedó allí maldiciendo su suerte,